



La huella de una manzana

Luz Elida Vera Hernández

Correctora de Estilo Editorial UNIMAR

Todas las mañanas una mano se extiende, haciendo el trabajo del despertador, golpea suavemente al hombre que duerme profundo, mientras el sueño se espanta hasta la próxima noche. Se levanta como todos los días, se dirige al baño y lava sus dientes, su cara, sus antebrazos, su cuerpo, y de repente se detiene un momento a contemplar su espectro en el espejo; examina de arriba abajo, de izquierda a derecha como preguntándose a sí mismo ¿qué es lo que hace falta? Luego llega a la cocina, allí se encuentra con la mujer que lo despertó, y quien esta vez tiene el desayuno listo para consumirse. Con otro par de golpecitos en la espalda le hace saber que puede empezar a comer, él, muy obedientemente responde a aquellos tiernos golpecitos dejando el plato completamente limpio. Se levanta de la mesa y deja el plato en el fregadero, da la vuelta y la mujer muy suavemente ubica una manzana en uno de los bolsillos de la chaqueta; él realiza un movimiento acentuado con su cabeza y se marcha.

En el camino se encuentra con varios vecinos, quienes al percatarse de su presencia le saludan con gestos amigables, a los que él responde de la misma manera y con una gran sonrisa: aquélla que lo expresa todo. Cuando llega a su destino, se percata del retraso, ha llegado un poco tarde, la maestra ha empezado su rutina de señas y pilatunas que aún no logra entender muy bien; ella levanta su mano saludándolo y él devuelve el saludo con una sonrisa medio apenada. Mientras intentaba disimular aquella leve pena, otra aún más grande lo esperaba, pues al dirigir su mirada hacia el fondo del salón, se chocó con la mirada incesante de una nueva y bella integrante, quien desde el principio se vio atraída por él.

Aquel pequeño hombre sin experiencias en el amor, ignoraba profundamente aquel sentimiento que empezaba a florecer en lo profundo de su ser, sentimiento que lo mantuvo totalmente nervioso y distraído a lo largo de la clase.

Llegó la hora del descanso, el nerviosismo se apoderaba mucho más de su cuerpo y sintió grandes deseos de sentarse a su lado; entonces se dirigió hacia ella, daba pasos inestables, hizo su mejor esfuerzo e intentó manejar aquella situación. ¿Qué haría cuando estuviera cerca de ella?, hizo memoria y de pronto recordó que llevaba en uno de sus bolsillos aquella fruta. Se acercó a ella, el nerviosismo lo acechaba y lo único que pudo hacer fue sentarse a su lado. Ella, más experimentada que él en el arte de las pilatunas, empezó a mover sus manos de forma acelerada, él no lograba entender lo que le decía, simplemente sacó la manzana y la puso en sus manos, ella quedó estupefacta; sin embargo, dejó deslizarse una sutil sonrisa, mientras tanto su instinto hizo que se abalanzara sobre ella rosando sus labios carmesí; lo único que pudo hacer al verlo balancearse sobre ella fue extender sus manos en su defensa, puesto que no se esperaba aquella reacción; hubo un leve segundo de tensión y mientras ella salía del asombro, él salió corriendo, mientras su corazón se aceleraba cada vez más, y no precisamente por el impulso de la huida, sino por la impresión que le había causado la expresión en el rostro de la mujer.

En el transcurso de la huida recordaba la expresión estupefacta en el rostro de la mujer y pensaba que le había hecho daño, de manera que corrió desenfadadamente hasta que llegó al fondo de una cueva que quedaba a las afueras de la vereda; allí se postró en un rincón, sentía que aquellas paredes de tierra y piedras, frías y húmedas le gritaban improperios, reproches y hasta burlas. Por un instante sintió que la cueva se lo tragaba vivo, quiso huir, pero se dio cuenta que no era lo suficientemente fuerte para hacerlo; el sólo pensar que le había hecho daño a aquella dama revivía el sentimiento y se sentía condenado a aquel claustro.

Andrés no conocía más que el amor desinteresado de su madre, aquélla con quien para comunicarse no tenía que aprender o poner en funcionamiento aquel conjunto de señas que la maestra insistía en enseñarle. Sin duda, el poco contacto que tuvo desde su niñez con el mundo exterior y social,

habían provocado en él cierta inocencia, y por qué no, hasta desconocimiento y diferencia de algunos sentimientos, los cuales se afianzaron aún más con su discapacidad auditiva.

Después de reprocharse y llorar por muchas horas, se quedó dormido, cayó en un sueño profundo y empezó a soñar, esta vez se encontraba en un campo abierto en donde abundaban árboles de manzanas pequeñas y rojas, y aun cuando estaban a su altura, no podía alcanzarlas. En la mañana un tenue rayo de sol iluminó su cara, entonces despertó, miró a su alrededor, recordó a su madre, el baño de la mañana, el desayuno, el camino a la escuela, en fin, todas las actividades que llevaba a cabo en un día normal, pero aun con los sentimientos de nostalgia que le producía el recuerdo, decidió quedarse en aquel lugar. Entonces, salió en búsqueda de algo de comida, y como era una vereda muy próspera, no tardó en encontrar algunas hortalizas y frutas que le ayudarían a calmar el hambre.

De esa manera, pasó varios días, adaptándose a su nueva vida, para entonces, su aspecto había cambiado, estaba sucio, el cabello y las uñas le habían crecido como largas raíces de árboles, y estaba bastante delgado; se encontraba afligido y no quería tener contacto con ninguna persona, y cuando de repente veía a lo lejos a alguien, huía despavorido; sin embargo había decidido quedarse allí, hasta cuando la vida se lo permitiera.

Mientras tanto en la escuela se había gestado todo un movimiento para dar con su ubicación, por supuesto liderado por aquella mujer. Aunque el gesto impulsivo de Andrés la había tomado desprevenida, ella también sentía atracción por él. En esa búsqueda encontraron algunos rastros de él, pues personas de la zona habían notado algunas anomalías; incluso alguien pensaba que era un animal extraño que andaba merodeando el sector, vasta decir que hasta las gallinas tenían comportamientos inusuales, parecía que no ponían huevos y cacareaban sin motivo alguno, ¡pero claro que los ponían!, lo que sucedía era que Andrés era tan listo para extraer los huevos a las gallinas, que ni siquiera ellas mismas se daban cuenta de lo que sucedía.

Al encontrarse con este tipo de información, se dividieron en varios grupos, uno de ellos liderado por la mujer. En el transcurso del día visitaron varias cuevas, pues en esta zona eran muy comunes, debido al constante saqueo de las bien conocidas guacas. La ilusión de encontrarlo era grande, pasaron varias horas tras la búsqueda en las cuevas y el optimismo de encontrarlo disminuía. Paulatinamente, el grupo de personas se fue reduciendo, los compañeros empezaron a desistir de la búsqueda. De repente la mujer estaba sola, se sintió deprimida, derrotada; fue entonces cuando desplegó su mirada hacia el horizonte y a lo lejos, en la montaña de enfrente, le pareció ver una sombra escurridiza que se introducía en una cueva. ¡Es él!, exclamó, y sin pensarlo dos veces, corrió montaña abajo. Devorando el camino, subió al punto de referencia; airadamente entró, y como si supiera en qué lugar de la cueva buscar, lo encontró, lo tomó de la espalda y sin dudar que fuera él, lo abrazó. Andrés, al percatarse que era ella, correspondió a su abrazo. Fue así como entre abrazos, caricias y señas, la mujer sacó de uno de sus bolsillos una manzana, roja como la primera; roja como la manzana que le sirvió de excusa a Andrés para acercarse a ella, roja como las del sueño, que aunque en ese momento no podía alcanzar, simbolizaban el renacimiento a una nueva etapa de su vida, y lo invitó a comer junto a ella; lo abrazó fuertemente, y él sintió la calidez que le hacía falta; sus manos se encontraron y se dirigieron juntos hacia la salida de la cueva.